

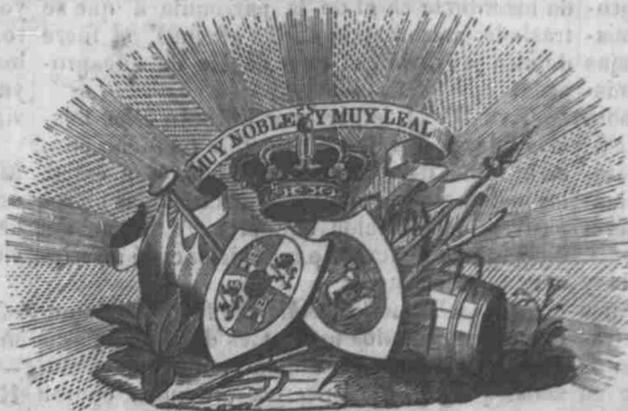
ESTE PERIODICO

SE PUBLICA TODOS LOS MARTES,
JUEVES Y SABADOS.

SE SUSCRIBE

EN LA IMPRENTA DEL GOBIERNO,
CALLE DE LA FORTALEZA N.º 21.

GACETA DEL



GOBIERNO

DE PUERTO-RICO.

ESPAÑA.

MINISTERIO DE HACIENDA.
Reales decretos.

El gran número de individuos que constituye la clase de esclaustrados y secularizados que percibe sus pensiones por el Tesoro público, y la diversidad de circunstancias que en ellos concurren, son causa de que se adviertan algunas omisiones en la exacta observancia de las reglas prescritas para la formalidad con que deben satisfacerse aquellas. A fin pues de evitar cualquier abuso que haya podido introducirse con infracción de lo que está prevenido sobre la materia, y para que esta obligación se disminuya cuanto sea dable, proporcionando colocación á los beneméritos eclesiásticos que forman la mayor parte de dicha clase, según sus carreras y circunstancias, conformándose con lo que me ha propuesto Mi Ministro de Hacienda, de acuerdo con Mi Consejo de Ministros, he venido en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Para que los esclaustrados y secularizados ordenados *in sacris* puedan percibir su pensión desde 1.º de Enero de 1850, precediendo siempre la clasificación correspondiente, deberán estar adscriptos á alguna parroquia, conforme á lo mandado en el art. 19 de la ley de 29 de Julio de 1837, cuya circunstancia habrán de acreditar para ser incluidos en nómina con certificación de la secretaria de Cámara de la diócesis ó del párroco respectivo, quedando sin embargo en libertad de mudar su residencia siempre que les conviniere, con sujeción á las disposiciones canónicas.

Art. 2.º A los que mudaren de residencia á otra provincia se exigirá para dicho efecto el

competente atestado del diocesano y cese de las oficinas de Hacienda, como está mandado en la instrucción de 9 de Agosto de 1837, para la ejecución de la ley citada, en la circular de 8 de Marzo de 1842, y en la Real orden de 1.º del mismo.

Art. 3.º Los esclaustrados no ordenados *in sacris*, ó sean los coristas y legos con pensión perpétua ó temporal, obtendrán los permisos de traslación por escrito de los Jefes políticos en las capitales y de los Alcaldes de los Ayuntamientos en los demas puntos. Al efecto dichas Autoridades deberán llevar un registro en que necesariamente se inscriban desde 1.º de Enero de 1850 los individuos de esta clase que existan en sus respectivos distritos, después de haberse cerciorado debidamente de la identidad de la persona, haciendo constar en los permisos por escrito que espidieren, los cuales se darán gratis y en papel comun, la circunstancia de quedar anotada la traslación en el registro.

Art. 4.º De todos los permisos por escrito para mudar de domicilio que tanto las Autoridades civiles como eclesiásticas espidieren, darán aviso en fines de cada mes á las oficinas de Hacienda por donde el interesado cobre su pensión, expresando el punto donde va á establecerse.

Art. 5.º Además del documento que conforme á la Real orden de 26 de Junio último deben presentar los esclaustrados y secularizados, en el cual, bajo su firma y responsabilidad, declaren no percibir ningún otro haber que afecte á los fondos del Estado, del clero, provinciales y municipales, los párrocos les librarán gratis, en papel comun y bajo su responsabilidad tambien, certificación en que se pondrá el visto bueno por el diocesano para

acreditar su residencia y adscripción á parroquia ó iglesia determinada, como se ha dispuesto en el art. 1.º, y que no disfrutaran renta eclesiástica, que con arreglo á la ley extinga, suspenda ó reduzca la pensión, sin cuyo requisito no se satisfará esta.

Art. 6.º Los diocesanos y cualquiera autoridad ó corporación que confiera á individuos pensionistas de dichas clases cargo temporal ó perpétuo, en cuya virtud deba cesar la pensión, lo notificará á las oficinas de Hacienda en que se halle establecido su pago.

El mismo aviso darán cuando cesaren en su cargo los interesados, á fin de que puedan ser comprendidos de nuevo entre los pensionistas y volver al goce de su haber.

Art. 7.º De conformidad con lo preceptuado en la precitada regla cuarta de la Real orden de 8 de Marzo de 1846, los esclaustrados ó secularizados, curistas ó legos, para ser puestos en posesión de cualquier cargo que se les confiera, deberán acreditar previamente, con certificación de las oficinas de Contabilidad donde radique el pago de sus pensiones, haberse cumplido con el pago de las mensualidades que se les satisfagan durante su ocupación, perdiendo además el derecho á la pensión en la sucesiva, á no ser que obtengan rehabilitación.

Art. 8.º Los diocesanos remitirán á la mayor brevedad posible al Ministerio de Hacienda estados de todos los secularizados y esclaustrados residentes en su diócesis respectiva, sujetándose al modelo adjunto.

Igual nota remitirá el M. R. Patriarca de las Indias, Vicario general de las iglesias de mar y tierra, de los individuos de dichas clases sujetos á cada una de estas jurisdicciones.

SECCION LITERARIA.

EL PROTESTANTISMO

COMPARADO CON EL CATOLICISMO

EN SUS RELACIONES CON LA

CIVILIZACION EUROPEA

Por Don Jaime Balmes, Presbítero.

CAPITULO XXXVII.

(Continuacion.)

Una atenta observacion del estado de los espíritus en España en aquella época, haria conjeturar el peligro, aun cuando hechos incontestables no hubieran venido á manifestarle. Los protestantes tuvieron gran cuidado de declarar contra los abusos presentándose como reformadores, y trabajando por atraer á su partido á cuantos estaban animados de un vivo deseo de reforma. Este deseo existia en la Iglesia de mucho antes; y si bien es verdad que en unos el espíritu de reforma era inspirado por malas intenciones, ó en otros términos, disfrazaban con este nombre su verdadero proyecto que era de destrucción, tambien es cierto que en muchos católicos sinceros habia un deseo tan vivo de ella, que llegaba á zelo imprudente y rayaba en ardor destemplado. Es probable que este mismo zelo llevado hasta la exaltacion se convertiria en algunos en acrimonia; y que así prestarian mas fácilmente oídos á las

insidiosas sugestiones de los enemigos de la Iglesia. Quizás no fueron pocos los que empezaron por un zelo indelicado, cayeron en la exajeracion, pasaron en seguida á la animosidad, y al fin se precipitaron en la herejía. No faltaba en España esta disposicion de espíritu, que desenvuelta con el curso de los acontecimientos hubiera dado frutos amargos, por poco que el Protestantismo hubiese podido tomar pie. Sabido es que en el concilio de Trento se distinguieron los españoles por su zelo reformador y por la firmeza en expresar sus opiniones; y es necesario advertir que una vez introducida en un país la discordia religiosa, los ánimos se exaltan con las disputas, se irritan con el choque continuo, y á veces hombres respetables llegan á precipitarse en excesos, de que poco antes ellos mismos se habrían horrorizado. Difícil es decir á punto fijo lo que hubiera sucedido por poco que en este punto se hubiese aflojado; lo cierto es que cuando uno lee ciertos pasajes de Luis Vives, de Aris Montano, de Carranza, de la consulta de Melchor Cano, parece que está sintiendo en aquellos espíritus cierta inquietud y agitacion, como aquellos sordos muridos que anuncian en lontananza el comienzo de la tempestad.

La famosa causa del arzobispo de Toledo fray Bartolomé de Carranza, es uno de los hechos que se han citado mas á menudo en prueba de la arbitrariedad con que procedia la Inquisicion de España. Ciertamente es mucho el interés que excita el ver sumido de repente en estrecha prision, y continuando en ella largos años, uno de los hombres mas sabios de Europa, arzobispo de Toledo, honrado con la íntima confianza de Felipe II y de la Reina de Inglaterra, ligado en amistad con los hombres mas distinguidos de la época, y conocido en toda la cristiandad por el brillante papel que habia representado en el concilio de Trento. Diez y siete años duró la causa, y á pesar de haber sido advocada á Roma, donde no faltarian al ar-

zobispo protectores poderosos, todavía no pudo recobrarla que en el fondo se declarase su inocencia. Prescindiendo de lo que podia arrojar de sí una causa tan estuiva y contumaz, y de los mayores é innumerables motivos que pudieran dar las palabras y las acciones de Carranza para hacer sospechar de su fe, yo tengo por cierto que en su conciencia, delante de Dios, era del todo inocente. Hay de esto una prueba que lo dejó fuera de toda duda: bien aquí. Habiendo caído enfermo al cabo de poco de fallada su causa, se conoció luego que su enfermedad era mortal y se le administraron los santos sacramentos. En el acto de recibir el sagrado Viático, en presencia de un numeroso concurso, declaró del modo mas solemnemente, que jamás se habia apartado de la fe de la Iglesia católica, que de unida le recordaba la conciencia de todo cuanto se le habia acusado, y confirmó su dicho poniendo por testigo á aquel mismo Dios que tenia en su presencia, á quien iba á recibir bajo las sagradas especies, y á cuyo tremendo tribunal debia en breve comparecer. Acto patético que hizo derramar lágrimas á todos los circunstantes, que escapó de un soplo las sospechas que contra él se habian podido concebir, y aumentó las simpatías escitadas ya durante la larga temporada de su angustioso infortunio. El Sumo Pontífice no dudó de la sinceridad de la declaracion, como lo indica el que se puso sobre su tumba un magnífico epitafio, que por cierto no se hubiera permitido á quedar alguna sospecha de la verdad de sus palabras. Y de seguro que fuera temeridad no dar fe á tan explícita declaracion, salida de la boca de un hombre como Carranza, y moribundo, y en presencia del mismo Jesucristo.

Pagado este tributo al saber, á las virtudes y al infortunio de Carranza, resta ahora examinar, si por mas pura que estuviese su conciencia, puede decirse con razon que su causa no fué mas que una traidora intriga tramada por la enemistad y la envidia. Ya se deja entender que no